

dariana es definitiva: por ahí están Rufino Blanco Fombona, Lauxar, José Enrique Rodó, Leopoldo Lugones, Armando Donoso y otros mil, para confirmarlo.

Los escritores españoles modernos que colocan a Darío en la posición que verdaderamente le corresponde en la lírica castellana no escasean. Los catedráticos don Juan Hurtado y don Angel González Palencia declaran, sin ambages, que la inmensa autoridad de Darío y el influjo que ejerciera entre los poetas españoles del siglo XX, contribuyeron a crear el reciente entusiasmo por la poesía de Góngora. En cuanto al poeta Diez-Canedo, en la brillantes conferencias que nos dió a fines del año 1927 en el aula magna de la Universidad del Estado, expresó su reconocimiento entusiástico por las reformas rubendarianas, y entre muchas afirmaciones suyas, gratas y justicieras para Darío, inclúyese ésta:

Sus obras están llenas de la fuerza española tradicional desde que se inicia en Nicaragua, desde que confirma su aprendizaje con las primeras obras de valer en Chile hasta los años de su muerte, los metros tradicionales, todos ellos, se amplían de una manera espléndida.

Al contemplar el gran Rubén desde su Gloria Eterna estas espirituales controversias acerca de las proyecciones de su obra multiforme, tal vez se digne auscultar, y luego, sonreír enigmáticamente.—J U L I O M O L I N A N Ú Ñ E Z.

MADAME CURIE, VISTA DE CERCA

ES la tercera vez que veo de cerca a Madame Curie. La primera fué en El Havre, en 1929, cuando regresó de Estados Unidos trayendo el segundo gramo de radio ofrecido por esta nación a la gran mujer... Nunca olvidaré que como en el mismo transatlántico venía también Pola Negri, la masa ignoró—y aun el mundo oficial—, la presencia de Madame Curie en «L'île de France» y dejaron que la mujer de ciencia tomara inmediatamente el tren a París, mientras la vedette era obligada a recibir canastillos de flores y a hacer declaraciones por la prensa....

Otra vez ví a Madame Curie, hace un año, con ocasión de «La Semana de las Naciones de América» organizada por el Comité France-Amérique de París. El número sobresaliente del programa era una visita al Instituto del Radio y del Cáncer,—situado en la calle Pierre-Curie. Nos recibió ella misma, nos hizo los honores del establecimiento, nos mostró el resultado de

ciertas experiencias y pronunció una especie de lección científica de la cual no comprendí una palabra, peleando a brazo partido con los otros visitantes por quedar lo más cerca posible de la dueña de casa... Las explicaciones de Madame Curie fueron completadas con algunas pruebas de gabinete, hechas por uno de los doctores ayudantes del Instituto. Hombre de ciencia en el más alto sentido de la palabra, sus explicaciones también cayeron en el vacío. Sólo pudimos apreciar objetivamente el laboratorio del radio y darnos cuenta de cómo es posible ir perdiendo—, quemados—, los miembros, en lucha con la fuerza corrosiva más potente que se conoce. Y si bien no salimos convertidos en radiólogos, abandonamos el Instituto presas del malestar que produce acercarse mucho a lo desconocido y a lo traidor...

En cuanto a la propia Madame Curie, mi recuerdo sobre ella era vago. Silueta en negro, insignificante y fina. Manos diminutas. Gafas... Especie de fotografía desvanecida de la Madame Curie que puede imaginarse cualquiera. Ningún signo exterior ayuda a identificar en ella a la mujer más extraordinaria del siglo. Ajena a toda vanidad, parece no estar convencida ella misma de a quién va dirigida la curiosidad del visitante. Reposada de actitud, alejada en espíritu a pesar de nuestra presencia, aparece vehemente cuando habla, hasta nerviosa, ansiosa de ser entendida, anhelante de no perder su tiempo,— tiempo que puede no ser oro, pero que seguramente es radio—; y toda ella parece vibrar con esa fuerza misteriosa propia de los débiles y de los caprichosos. Fuerza que, viniendo de ella, hace pensar si no estará cargada de las irradiaciones en medio de las cuales vive.... Como no me interesa mentir a propósito de esta señora ni sobre ninguna personalidad de las que veo de cerca, quiero decir de una vez por todas que la compañía de Madame Curie no tiene nada de agradable. En un comienzo es insignificante y hermética, y luego es—, sinceramente, sin mofa alguna—, luego es radiodinámica.

Cuando llego a visitarla al Instituto del Radio está aún bajo la impresión de su reciente viaje a Polonia y de las atenciones de que ha sido objeto en su patria. El viejo Presidente la alojó en su palacio, la población la aclamó y se fundó en Varsovia un Instituto del Radio. Madame Curie me habla de todo ello, pero yo no le presto interés decidido. Es sólo cuando empieza a hilvanar recuerdos íntimos cuando yo me siento cercano a ella:

—En 1892 vine de Varsovia a París, a estudiar en la Sorbona. Conocí entonces al que debía ser mi marido y que a la sa-

zón era un talentoso profesor de física, rentado solamente con 500 francos mensuales... Trabajé con él, en el laboratorio, y nació entre ambos una inclinación científica-sentimental tan profunda que ella nos ayudaba a sostener la lucha permanente con los cortos medios frente a las ansias inmensas...

Pues bien, cierto día María Sklodowska—, nombre de soltera de Madame Curie—, anunció su próximo regreso a Polonia, para continuar allá sus investigaciones y para ayudar también a los patriotas poloneses que querían ver libre a su patria. Curie sintió el abismo a sus pies, procuró convencer a la joven alumna de que no se fuera, instóla a que siguieran juntos el trabajo a que daban todos sus ardores y expresóle la falta inmensa que le haría el tesón eslavo de esta camarada, hacia la cual sentía una inclinación violenta. ¿Violenta...? Sí, inmensa y respetuosa. Vió, en suma, que no podía seguir viviendo sin ella y ofrecióle que compartiera su nombre, un nombre aún modesto...

Madame Curie se emociona. La voz se le hace opaca. Yo no le tengo piedad y lanzo nuevamente el anzuelo. Ella prosigue contando:

—Nuestro anhelo era poseer un laboratorio. Mi marido comenzó luego a gozar de renombre por las revelaciones sorprendentes que hizo respecto de las propiedades de los cristales, pero deseábamos investigar acerca de las propiedades radioactivas de algunos cuerpos. Los descubrimientos que el sabio Becquerel había anunciado por esos días,—yo le estoy hablando de 1896,—nos daban ánimos poderosos y nos hacían vislumbrar un porvenir de infinitas posibilidades... Y nos convencimos luego, efectivamente, de que el uranio tenía una propiedad atómica especial, independiente de toda combinación química: ¡la radiación! Y más tarde constatamos igual cosa respecto del torio... A medida de que nuestras investigaciones daban excelentes resultados, mayores exigencias teníamos en cuanto a laboratorio. Necesitábamos espacio más vasto en qué trabajar, pues las cantidades de metales que requeríamos eran considerables. Sin saber qué hacer, ya que no contábamos con medios propios para instalarnos, descubrimos de pronto, en un patio de la Escuela Municipal de Física de París, una especie de galpón abandonado. Sentamos allí nuestros reales y ¡la lucha! Hasta que obtuvimos el aislamiento del radium....

Madame Curie no se sorprende ante mi ignorancia y tiene la amabilidad de explicarme:

—¡El radio! Así como es cosa que para obtenerla hay que integrarla, ésta se desintegra por su cuenta. ¡Pero al cabo de cuántos años! Por mucha paciencia que se requiera para aislar-

lo, bien recompensado se está. Piense usted que para anularse, el radio necesita cinco mil años y durante este largo tiempo está arrojando emanaciones transmisoras de vida. Digo transmisoras de vida, porque parece un hecho que ese mal misterioso cuyo origen se ignora y cuyos daños no pueden, sin embargo, ser negados,— ¡el cáncer, señor!—es aniquilado por el radium...

La ilustre mujer me observa, acaso preguntándose: «¿Es que este señor entiende lo que le digo?»... Ignoro, en verdad, cuál es su opinión íntima sobre mí; pero el hecho es que, sentada, calmada, sin fantasía alguna, Madame Curie continúa:

—Nuestra vida fué la misma, trabajo y hogar, hasta 1906. ¡Fecha fatídica!—exclama. Tal vez sabrá usted como murió Curie...

Casi la interrumpo con un «sí» vibrante, para evitarle ahondamientos dolorosos, pero ella no es cobarde cuando se trata de su marido y quiere que le recuerden, recordándole... Y yo deseo, a mi vez, estrujar el alma de mi víctima.

—¡Un accidente estúpido!—murmura casi para ella misma, y sigue contándome: Curie tenía solamente 47 años y ya había obtenido el Premio Nobel...

Respeto por un instante el culto silencioso de esta mujer adolorida, y avanzo luego una pequeña interrogación:

—¿Y...?

—Yo he continuado la labor de mi marido y aunque pongo en ello toda el alma, sufro cuando constato que yo, y no él, he ido obteniendo cuánto él soñara en materia de laboratorios y de facilidades para investigar y más investigar...

Vuelve ella sobre sus viajes a Estados Unidos y a Polonia:

—Hace diez años, los americanos me ofrecieron un gramo de radio, destinado a mis investigaciones en el Instituto de París. Y, hace tres, repitieron su dádiva, destinada al Instituto que acaba de inaugurarse en Varsovia y que lleva mi nombre... Fuí invitada a los Estados Unidos, a fin de hacerme entrega en mis propias manos del regio obsequio. El Presidente me llevó de huésped a la Casa Blanca. Gracias a Mr. Owen Young, el internacionalista, asistía a la Universidad de St. Lawrence, de la cual soy doctor honorario... Me tocó asistir a la celebración del jubileo de Edison,— ¡Edison, hombre inolvidable!— y a la reunión anual de la Sociedad Americana para el Control del Cáncer... Ví con satisfacción que las eminencias americanas reconocen cada día mayor importancia al empleo del radium en la terapéutica y que siguen muy de cerca los trabajos del doctor Regaud, de este Instituto...

Luego me habla del Instituto mismo:

—Aquí soy secundada por una de mis hijas, por Irene, y por cuatro ayudantes hombres, el doctor Joliot, mi yerno, entre ellos; fuera de media docena de estudiantes pensionados, ya doctores, que se especializan en Radiología y Radioterapia. Profeso, además, una cátedra en la Sorbona y hago cuanto más puedo de mi tiempo, siempre escaso...

(La actividad de Madame Curie es admirable si se considera que tiene 66 años cumplidos).

Le pregunto por su otra hija:

—¿Eva...? Ella no tiene aficiones científicas, Es muy intelectual, muy música. Por el momento está apasionada traduciendo una pieza de teatro inglesa, que será representada este invierno en París...

—¿Cómo se llama la pieza?

—Excúseme, señor, pero en verdad no sé el nombre. No es que me desentienda de las actividades de mi hija, pero ¡qué quiere usted!

En la última exclamación está dicho todo: ¿Cómo exigir a esta mujer que viva en cada detalle de la existencia diaria, si ha entregado toda su persona a una tarea grandiosa?... Sólo a mí podía ocurrírseme pregunta tan fuera del caso. Pero no es tanta mi culpa si se piensa que estoy habituado a entrevistar especialistas de una y otra cosa y que de lo que menos saben es, generalmente, de lo de su especialidad...

Volvemos a nuestro tema esencial.

—¿Es muy caro el radio, señora?

—Sí, un millón de francos el gramo. Parece una suma enorme si se consideran las muchas toneladas de mineral que se necesitan para extraer un milígramo de radio. Y hay que contar también la mano de obra, si así pudiera llamarse, el largo esfuerzo que hay que dedicar para llegar a integrarlo. Este trabajo se hace aquí sin miras económicas, como usted comprenderá, y yo vivo reconocida a mis ayudantes. Algunos son sobresalientes, se lo aseguro. Y no crea usted que pienso en mi hija ni en mi yerno, al decirle esto; pienso en el doctor Laporte, en el doctor Galle... venga conmigo al laboratorio.

Y Madame Curie me guía hasta una pieza pequeña,—la misma que ví hace un año, pero en la cual no estamos más que ella, el doctor Laporte y yo. Un aparato enorme ocupa, en cambio, un gran espacio; y el aparato se ramifica en numerosos tubos de cristal de formas simples, que hacen pensar en flores estilizadas. El doctor aplica la electricidad y todo el aparataje entra en movimiento. La experiencia ha comenzado con la pie-

za a obscuras, pero instantáneamente se aclara con colores vivos que pasan del malva al dorado... Me alargan un tubo incoloro, lo aproximo al aparato y el tubo pasa a ser rosado, azul, naranja... Yo no aprecio el fenómeno en cuanto a reacción química, sino en cuanto a la maravilla del espectáculo y creo tener en mis manos una varilla mágica.

El doctor Laporte quiere participarme de su ciencia:

—Usted sabrá—, me dice—, que al paso de la chispa eléctrica a través de un gas o de una combinación de gases, se producen descomposiciones o combinaciones químicas muy interesantes. Eso es lo que usted ha visto... Estas descargas eléctricas sobre los gases determinan, según la presión del gas, «el arco», empleado en la iluminación de las calles; la chispa, el efluvio... La acción química de la descarga fué hasta hace poco un misterio; hoy nos es mejor conocida...

Madame Curie y el doctor Laporte hablan entre ellos, apasionándose en sus experiencias y las demostraciones que yo he sido invitado a presenciar van haciéndose más interesantes para ellos y más obscuras para mí. No me atrevo a investigar, para no distraerles, y continúo presenciando, sin comprender, las manipulaciones de ambos sabios. Sin comprender, pero adivinando que ellos no pierden su tiempo, atraídos por su inextinguible esfuerzo a favor de la humanidad, y eso me basta para contemplarles como a seres superiores.—EUGENIO LABARCA.